

Capítulo LXXVII.

Un hábil diplomático.

Fray Julian Garcés era un hábil diplomático.

No dejó de extrañarle la ausencia de Hernan Cortés, y con la mayor reserva procuró enterarse de las causas que la motivaban.

Supo con pena que había sido desterrado por el nuevo gobernador Alonso de Estrada, y para realizar sus propósitos conciliatorios deseó celebrar una entrevista con él.

Al día siguiente de su llegada á Méjico le mandó llamar.

Estrada se apresuró á complacerle.

—Mucho os agradezco, señor gobernador,—dijo, saliendo á su encuentro y tendiéndole su mano ca-

riñosamente, —vuestra eficacia en acudir á mi llamamiento.

—Mi mayor placer es ponerme á las órdenes de vuestra eminencia.

—No podeis figuraros lo que ansiaba este momento. Toda la noche la he pasado preocupado por la torpeza imperdonable que ayer cometí.

—¿Qué torpeza puede haber cometido vuestra eminencia?

—Una, y muy grande.

—¡Por Dios, no digais eso!

—Oid, y juzgareis. Ayer, profundamente conmovido por el entusiasta recibimiento que sin merecerlo se me tributó, me olvidé de preguntar por el ilustre caudillo á quien principalmente se deben las conquistas realizadas hasta ahora. ¿Cómo no tuve el gusto de saludar á tan bravo guerrero? ¿Acaso está enfermo?

—No por cierto; no se hallaba en la ciudad.

—Eso es otra cosa; supongo que Hernan Cortés estará ocupado en nuevas conquistas, añadiendo nuevos laureles á su inmarcesible nombre.

Alonso de Estrada no pudo reprimir un movimiento de impaciencia.

—Hernan Cortés,—dijo,—hace ya tiempo que no ha aumentado en un solo palmo el territorio del monarca, ni le aumentará en lo sucesivo.

—Me asusta el sentido misterioso de vuestras palabras. ¿Tendremos que lamentar alguna desgracia?

—Tranquilícese vuestra eminencia. Si Hernan

Cortés no se halla en Méjico, es por que altas razones de Estado así lo aconsejan.

—Si no temiera ser indiscreto, me atreveria á preguntaros los motivos...

—Hacia tiempo que su inconcebible conducta le iba enagenando las simpatías que hasta ahora habia inspirado á todos.

El reverendo fingia la mayor extrañeza respecto á lo que le decia Estrada.

—Me asombra lo que decís.

—Pues vuestra eminencia puede creer que hablo con sinceridad.

—Me ofendeis si supneis que he dudado de vuestras palabras, señor gobernador.

—Y tanto es así, que hubo necesidad de participar á nuestro monarca, que Dios guarde, el emperador Carlos V, lo que ocurría.

—Y nuestro soberano proveyó con arreglo á las circunstancias.

—Naturalmente; ¿acaso no sabeis que mandó aquí al licenciado Luis Ponce de Leon para residenciar á Hernan Cortés?

—Lo ignoraba completamente.

—Es extraño, viniendo vos, reverendo padre, de la córte.

—Hijo mio, los que como yo nos ocupamos exclusivamente en cumplir los sagrados deberes que nos impone nuestro ministerio, estamos alejados completamente de las cosas mundanales.

El gobernador prosiguió:

—Pues bien; Luis Ponce sucumbió al poco tiempo de llegar á Méjico, y en sus últimos momentos nombró para reemplazarle al bachiller Márcos de Aguilar, que salió con él de España. No le sobrevivió mucho este, que á su vez me nombró á mí para sustituirle.

—No podia hacer seguramente mejor eleccion.

—Vuestra eminencia me confunde con sus bondades.

—Pero eso no me explica la ausencia de Cortés.

Estrada, que á pesar de su carácter despreocupado, no se atrevia á prescindir de la influencia que desde su llegada ejerció en él padre Julian Garcés, permaneció silencioso algunos instantes.

—Os decia, —añadió con bondadoso acento su interlocutor,—que no me explico la ausencia de Hernan Cortés,

—Pues bien, Hernan Cortés está desterrado.

—¿Es posible? Os hago la justicia de reconocer que no habreis sido vos quien ha dictado esa orden tan injusta. Vuestra frente revela un talento superior; vuestra mirada es el reflejo de los nobles sentimientos de vuestro corazon, y no puedo suponer ni un momento que, obedeciendo á móviles mezquinos, se haya ofuscado vuestra inteligencia hasta el punto de olvidar lo deleznable que son las cosas de este mundo; que nuestro paso por la vida es breve; que, por lo tanto, á lo que todos debemos aspirar es á que nuestra conducta se arregle siempre á la más estricta justicia, para que cuando la muerte nos sorprenda

no tengamos que sufrir el torcedor de la conciencia.

Alonso de Estrada se hallaba fascinado por la elocuencia del anciano.

Cada una de sus palabras era un dardo envenenado que iba á hundirse en su corazon.

Tampoco se atrevió á replicar, y el obispo de Tlascala continuó con lo mayor ingenuidad:

—Así pues, yo estoy seguro de que aprovecharéis la primera ocasion para revocar esa orden de destierro, sin desdoro de la autoridad del antecesor vuestro que la haya dictado.

El intrigante gobernador creyó que le seria fácil enganar á fray Garcés, y aparentado el mayor sentimiento:

—Abundo en las ideas de vuestra reverencia; pero no hallo la fórmula de hacer lo que deseais sin menoscabo del prestigio de autoridad.

Fray Garcés quedó un momento reflexionando, y de pronto:

—Me ocurre una idea,—exclamó.—Ya habeis visto el entusiasmo con que, sin merecerlo, han acogido mi llegada.

—¿Y bien?

—Para solemnizarla más aún, nada como levantar el destierro que sufre el valeroso Hernan Cortés.

Aquel era un golpe muy hábil, que hacia imposible toda resistencia.

Estrada, sin embargo, batiéndose en la última trinchera:

—Ciertamente que, partiendo de vos esa resolu-

cion, seria bien recibida por todos, por las muchas simpatías que justamente habeis despertado. Pero yo no sé hasta qué punto seria del agrado de nuestro emperador Carlos V.

Fray Julian se decidió á abordar la cuestion.

—Nuestro monarca,—dijo,—se alegrará infinito de que terminen las disensiones que pugnan por entrocinarse en estos países. Y como tengo la seguridad de que estos son sus propósitos, me atrevo á suplicaros una gracia.

—Decid cuál, aunque de antemano la teneis concedida.

—Voy á reunir el cabildo, si me lo permitis, para proponerle la idea que acabo de explicar.

Esta peticion acabó de contrariar al gobernador.

Pero habia empeñado su palabra, y no podia retroceder.

—Teneis mi beneplácito; pero meditad que en los asuntos de Estado debe procederse con mucha cautela. A veces el obedecer á los impulsos generosos del corazon produce sinsabores y catástrofes que luego no es posible remediar.

—No tengais cuidado; yo no obro jamás irreflexivamente. Por eso quiero conocer la opinion del cabildo. Además, para vuestra tranquilidad os diré que yo asumo toda la responsabilidad que pudiera haber en este asunto. No tengo para qué deciros que celebraré infinito que tanto vos como vuestros amigos más adictos, asistais á la sesion que en breve vá á tener lugar.

Tuvo lugar, en efecto, aquella reunion, y procedió con tal tino el reverendo, estuvo tan elocuente para salir al encuentro de las razones que para sostener sus derechos alegaban los partidarios de uno y otro bando, que al fin, invocando el perdon de las injurias, la obligacion que tenian todos los hombres de considerarse como hermanos, logró que amigos y enemigos de Cortés se dieran las manos, y que inmediatamente saliera una comision á buscar al ilustre caudillo.

Capitulo LXXXVIII.

Una solemne injusticia.

Anton Perez, que como sabemos, era un activo auxiliar de los enemigos de Hernan Cortés, que trabajaban en su ruina, adivinó desde luego que fray Julian de Garcés, cuyo carácter bondadoso, recto, equitativo, le habia de hacer necesariamante influir para que se levantase el destierro á Cortés, en carta que escribió á los palaciegos que obedecian á los planes del obispo Fonseca, les decia entre otras cosas:

«La llegada de fray Julian Garcés, obispo de Tlascalala, nos vá á hacer perder mucho del terreno ganado.

»Amante de la justicia, no tardará en procurar por todos los medios posibles que salga triunfante Hernan Cortés

»Me hace suponer que conseguirá su objeto, por que es hombre de talento, y aquí ha inspirado grandes simpatías desde el primer momento.

»Para reforzar nuestro partido, del que indudablemente han de desertar muchos, convendría conseguir del emperador reales cédulas, en las que mandase poner en libertad al factor Salazar y al veedor Peralmindez. Ya sabéis lo adictos que son á nuestra causa, y además gozan de gran influencia entre todos los que han permanecido bajo sus órdenes.

»Por otra parte, reúnen sagacidad, elocuencia y otras dotes que podrán utilizar en beneficio nuestro.

»Enseñad esta al señor de Chievres, que ó poco ha de poder, ó ha de inclinar al monarca á que firme dichas reales cédulas.»

Los comisionados por el cabildo para participar á Hernan Cortés el acuerdo que se habia tomado en la reunion convocada por fray Julian de Garcés, salvaron en breves horas la distancia que mediaba entre Méjico y el lugar en donde se hallaba el ilustre héroe de nuestra historia.

—Gracias á Dios,—dijo uno apenas le divisó, corriendo á estrecharle en sus brazos.—Ya no os separareis de nosotros.

—Venimos á buscaros para que ocupeis de nuevo el puesto que jamás debisteis abandonar.

—Yo os doy gracias por tan lisonjeras frases, porque ellas me revelan la nobleza, la generosidad de vuestros sentimientos. Pero decidme qué ha ocurrido, que tan pronto, ha cambiado la faz de mi suerte.

—Teneis razon, y vamos á complaceros.

—Santaos, pues,—dijo Cortés con su proverbial amabilidad,—que estareis fatigados del viaje.

Así lo hicieron en efecto, y uno de los circunstantes, tomando la palabra, se expresó en estos términos:

—Lo que ha motivado este cambio tan radical, y que tan poderosa influencia ha de ejercer en el porvenir de las Indias, es la llegada del virtuoso prelado nombrado obispo de Tlascala.

—¡Oh! Cuánto hubiera yo dado por besar su mano. Supongo que se le habrá tributado un recibimiento espléndido.

—Lo más entusiasta que podeis imaginar.

—¿Y cómo se llama ese distinguido varon, que es el primero que viene á estos países á ejercer las funciones episcopales?

—Fray Julian de Garcés.

—¡Garcés, Garcés!—repitió Cortés.—Si no estoy equivocado, tenia este mismo apellido un soldado que se hizo célebre por su valor en la conquista de Granada. Indudablemente seria pariente del nuevo obispo.

—Segun tenemos entendido, fray Julian ha sido soldado antes de abrazar la vida religiosa.

—Entonces, fray Julian fué el quien tan alta puso la honra de Castilla en las batallas reñidas con los infieles.

—Pues como os iba diciendo, el obispo de Tlascala, al dia siguiente de su llegada á Méjico, tuvo

una entrevista con Alonso de Estrada, en la que interesándose por vos, logró que se revocase la orden del destierro.

—Es decir, que tendré que dar las gracias á mi enemigo por haber accedido á las súplicas de fray Julian? ¡Ah! Lo que es á ese precio no volveré jamás á Méjico.

El carácter enérgico de Hernan Cortés se rebelaba al suponer que su regreso no era un acto de justicia, de reparacion, sino de gracia.

—Tranquilizaos,—continuó su interlocutor.—Estrada ponía mil dificultades á la proposicion del reverendo obispo de Tlascala; pero este convocó el cabildo, y como sabéis las simpatías que en él teneis, se deliberó que debia á cualquier precio llevarse á cabo la idea de fray Julian.

—Eso ya es otra cosa.

—Ahora sólo nos resta rogaros que cuanto antes nos pongamos en marcha, porque desean vivamente vuestros partidarios estrechar de nuevo á tan distinguido caudillo, á tan bondadoso jefe, á tan sincero amigo.

Hernan Cortés, á pesar de la alegría que le causaba el volver á Méjico, sentía honda pena por que no debia aquel regreso á una orden del emperador invalidando la de Estrada.

Comprendia que su posicion seria violenta, toda vez que continuaria teniendo que acatar al nuevo gobernador, y por consiguiente no podria tomar la iniciativa en aquel asunto.

Al participar á sus amigos estas ideas que le mortificaban:

—Venid,—añadieron,—que una vez allí ya sabemos nosotros lo que tenemos que hacer.

—Si no explicais el sentido que encierran esas palabras,—añadió Cortés,—me obligareis á que permanezca todavía aquí. ¿Acaso intentais un acto de rebellion contra Alonso de Estrada? ¿Tan pronto habeis olvidado mi firme propósito de permanecer sumiso, obediente, hasta que la razon y el tiempo demuestren la injusticia de que he sido víctima?

Si no os hallais con fuerza bastante para dominar los impulsos de vuestro corazon,—que yo agradezco por lo generosos que son,—aunque con gran sentimiento, me negaré á seguirlos.

Empeñada palabra solemne de obedecer en todo y por todo sus mandatos, se pusieron en marcha, llegando poco despues á Méjico.

Hernan Cortés fué objeto de las mayores demostraciones de júbilo por parte de todos.

Volvieron sus más ardientes partidarios á indicarle la conveniencia de que volviera á encargarse de las riendas del gobierno de aquel territorio; pero él, aparentando que su salud se hallaba quebrantada, permaneció pasivo.

Fray Julian continuaba trabajando en su obra reconciliadora, y cada dia se iba estrechando más y más la amistad entre aquellos hombres separados há poco por pequeñas diferencias.

Un nuevo suceso, al que no era extraño Anton Pe-

rez, vino algun tiempo despues á excitar de nuevo disensiones en Méjico.

En contestacion á la carta que el astuto confidente de Fonseca escribió á sus enemigos de la córte, se recibieron en Méjico reales cédulas del emperador, por las que mandaba que al veedor Peralmindez y al factor Salazar se les devolviesen sus oficios y haciendas.

—Nunca hubiera creído tamaña injusticia, —exclamó Hernan Cortés en medio del mayor dolor, de la mayor desesperacion.

—Esa medida, —contestó uno de sus amigos, —no sólo es un desprecio que se os infiere, sino que ha de servir de funesto precedente para lo porvenir.

—Y tanto equivale á sentar como jurisprudencia la impunidad para toda clase de delitos.

—¡Es inconcebible! Despues de haber dado muerte Rodrigo de Paz, saqueron vuestra casa. Pero esto no debemos consentirlo de ningun modo. Es preciso demostrarle al emperador, que si sabemos sacrificar nos por extender sus dominios, no podemos contribuir, siquiera sea pasivamente, á que se atropellen los fueros de la justicia y de la equidad.

El ilustre caudillo tuvo que emplear toda su elocuencia para calmar la justa indignacion de sus partidarios.

Les pudo convencer de que el monarca obedecia á sujestiones de sus enemigos de la córte, y esto les tranquilizó algun tanto.

Cuando Hernan Cortés se separó de ellos, bajo la

impresion todavia de aquel suceso, se expresaron en estos términos sus capitanes:

—Casi le está bien empleado á nuestro jefe lo que le sucede. Hay un refran que dice: «Quien á su enemigo popa, á sus manos muere.»

—No debia haberse olvidado de otro, tambien muy verdadero: «Perro muerto no muerde.» El pudo mandar degollar á Peralmindez y Salazar antes de que viniera el licenciado Ponce de Leon.

—Así se lo aconsejaron algunos; pero él no quiso ser juez en su propia causa.

—Y tambien porque confiaba en que cualquier gobernador que aquí viniese, habia de reconocer la justicia que le asistia para que no quedase impune el asesinato de su fiel criado Rodrigo de Paz.

Anton Perez saboreaba su triunfo; pero no sabia que ya era tiempo de que pagase su inconcebible conducta.

El que hasta entonces, dominado por la ambicion, no habia albergado en su pecho el amor, dió abrigo á una pasion criminal, que fué su ruina.

Veamos lo que sucedió.